

## Una hormona llamada deseo

Pilar Errázuriz

*El sujeto parece prisionero de lo  
que es una repetición cuando busca  
en su tránsito al otro, que se  
aparece y desaparece ante su vista  
bajo distintas formas, a lo largo  
de lo que será toda su vida  
(Diamela Eltit, Paz Errázuriz,  
El infarto del alma)*

A fines del siglo XIX una gran preocupación por la sexualidad caracterizaba a los científicos que buscaban una nueva definición de la identidad humana. Así surge el término *Libido Sexualis*, del latín *libido*: deseo, para nombrar una energía que fuera particular al instinto sexual.

La Sexología, que nace como ciencia en este momento histórico, usa el término de *libido* para describir todas las posibles variantes de la actividad sexual humana en el sentido de actividad genital. Se trata de definir al ser humano desde su instinto biológico y de integrar en esta definición el concepto de lo patológico, destructivo o degenerado. De aquí que la sexología como la criminología, ambas ciencias en manos de los médicos, se construyera entonces sobre el terreno de la herencia y la degeneración ocasión en que se acuña el término de homosexualidad para reemplazar el término de "inversión", oponiéndolo a heterosexualidad que se consideraría la norma<sup>1</sup>.

No es Freud, por lo tanto, quien inaugura el uso del término de *libido*. Pero le corresponde el mérito de haber rescatado la sexualidad del dominio de lo puramente biológico para trasladarla al terreno psicológico y hacer de su destino una complejidad subjetivamente construida. Así, ya en 1894 en un escrito a Fliess, Freud emplea el término en el sentido de una *libido psíquica*. La define, entonces, como ya no siendo *sexualis*, no siendo una actividad somática sino un *deseo* sexual que busca satisfacerse fijándose en lo que se llamó *objetos*. La libido sería una energía en la vida psíquica por la cual se manifiesta la pulsión (*trieb-drive*) sexual. Esta libido puede desplazarse de objeto y de fin, y derivar hacia un objetivo que no sea sexual (arte, literatura, intelectualismo) operación a la que llamó sublimación.

También alteró el concepto de fijación puramente genital que parecía tener la *libido sexualis* para la Sexología, refiriéndose al investimiento libidinal de ciertas zonas corporales durante el desarrollo de la cría humana que serviría para asegurar una eficacia a sus actividades de sobrevivencia por asociación con los primeros placeres eróticos. Denominó *parciales* a estas manifestaciones de la libido y *erógenas* a las zonas corporales a donde se desplazaba (boca, ano, genitales, sucesivamente según la etapa del desarrollo). En los años 1914-1915 amplía el concepto a la distinción entre libido narcisista (del yo) y libido de los objetos e inscribe

el concepto como el componente central del *eros*, a la vez deseo, sublimación y sexualidad en todas sus formas humanas (homosexualidad, bisexualidad, heterosexualidad).

Este salto cualitativo en la conceptualización de la sexualidad humana permite una ruptura con las creencias y normas rígidas de la burguesía de la época. La sexualidad se considera universal para todo el género humano y se vuelve un concepto mucho más amplio que el de la mera genitalidad apegada solo a la biología. Al mismo tiempo, Freud da cuenta de una nueva dimensión psíquica que llama *Inconsciente*, concepto revolucionario frente al racionalismo ilustrado y a la ilusión de control por parte de la razón de toda la vida psíquica. Estos dos conceptos universales, sexualidad e inconsciente, permiten, de manera radical, una diferente y nueva combinatoria con respecto a crear una cultura de finales de la modernidad: las subjetividades humanas pueden ser concebidas como múltiples y diversas, partiendo de sus historias particulares e independizándose del determinismo naturalista. Es más, Freud concibe una libido única para ambos sexos que conceptualiza como masculina. Así hombres y mujeres detentarían una energía idéntica, a la vez que ambos tienen que buscar el camino de su sexuación a partir de una bisexualidad psicológica, aceptándola, o reprimiendo una de las tendencias como lo exige la cultura, quedando la otra siempre latente. También, en este momento histórico, resulta revolucionario desestigmatizar la sexualidad de las mujeres e igualarla a la legítima del varón: Freud considera en un principio una simetría en el desarrollo sexual del varón y de la niña. Solo que, a partir de que introduce la noción de la fase fálica, este desarrollo será descrito como asimétrico.

Frente a esta libido única considerada masculina, y frente a la conceptualización de un desarrollo sexual en el cual se concibe a la niña como la que debe "diferenciarse" del modelo único masculino para encontrar su sexuación, es que se rebela el feminismo. Es esta episteme de *lo mismo* por la cual se concibe un desarrollo asimétrico en detrimento de las mujeres, la que el feminismo ha criticado.

El hecho de considerar el desarrollo sexual de la mujer como no susceptible de una verdadera madurez porque quedaría más o menos atrapada en su masculinidad primera (en la cual, sin conciencia de su vagina, toma su clítoris como pene disminuido) y en la herida que le produce tomar conciencia de su castración, y por tanto en la envidia del pene, tuvo desde 1920 una gran oposición por parte de psicoanalistas de la Escuela Inglesa (Melanie Klein, Josine Miller, Ernest Jones), y de Karen Horney en Alemania. Sostienen, contrariamente a Freud, el conocimiento inconsciente de la vagina por parte de la niña y teorizan acerca de una sexualidad puramente femenina –a riesgo de volver a naturalizarla–, al mismo tiempo que ponen el acento en el estudio de la relación de la niña con la madre en la época preedípica.

Más adelante en la historia del psicoanálisis, una relectura del texto freudiano por parte de Jacques Lacan en Francia, a pesar de que aleja su enfoque analítico de la anatomía inmediatamente percibida (ya no se trata de un pene envidiado sino de un significante organizador –tanto para el varón como para la niña–, el falo), y a pesar de que abre un espacio importante para el estudio

de las relaciones preedípicas y para el estudio de la feminidad, no hace más que confirmar el falocentrismo de la teoría psicoanalítica.

La relectura lacaniana también suscita críticas feministas importantes, aún cuando abre posibilidades para las teóricas del feminismo de la diferencia. Apoyándose en el concepto derridiano de *falogocentrismo*, Luce Irigaray, discípula de Lacán, hace en 1974 una crítica de fondo a la teoría freudiana (lo que le cuesta graves sanciones por parte de los círculos ortodoxos), al situar lo femenino en el "más acá" del orden simbólico y recupera en la conceptualización el cuerpo y la anatomía propia de la mujer como asiento del verdadero erotismo<sup>2</sup>. Una vez más, el "rescate" de la sexualidad femenina del dominio androcéntrico, arriesga con pasar por posiciones de naturalismo que pueden leerse como ahistóricas o descontextualizadas.

En 1968, con la publicación de *Sexo y Género*, Robert Stoller, psicoanalista norteamericano, había abierto un camino crítico por la vía de este concepto de *género*. Para él, al freudismo clásico le faltaría una categoría que permitiera diferenciar radicalmente la pertenencia anatómica (sexo) y la pertenencia a una identidad psíquica y social (género). La creación de este concepto hará posible más tarde a ciertas posiciones feministas afirmar que la sexualidad es una construcción cultural sin relación con la diferencia biológica entre los sexos.

También la definición de este concepto abre la perspectiva para hablar de un *sistema sexo-género* y estudiar la complejidad de los factores que se establecen como coordenadas para la construcción de la subjetividad humana: la teorización psicoanalítica se inscribe dentro de este sistema como un conjunto de proposiciones que tiene un carácter normativo<sup>3</sup> y desde ese lugar perpetuaría el modelo asimétrico y androcéntrico en el desarrollo de la sexualidad en las mujeres. No podemos, por tanto, evaluar la teoría psicoanalítica como meros ejercicios descriptivos –tal como quisiera Juliet Mitchel en 1976<sup>4</sup>– en los cuales el falocentrismo solo fuera reflejo del orden patriarcal que constituye al sujeto (al mismo tiempo que lo aliena). El propio Lacan, en el artículo que publica en la *Enciclopedia Francesa* en 1938 "Los complejos familiares" (editado por Miller en 1984), dice que el Psicoanálisis nace como necesidad ante la decadencia de la función paterna en la sociedad occidental y hace un llamado para revalorizar la función simbólica del patriarcado<sup>5</sup>.

Si también admitimos con Gayle Rubin<sup>6</sup> que el psicoanálisis se ha convertido en algo más que una teoría de los mecanismos de reproducción de las normas sexuales –es ya uno de los mecanismos, el reconocimiento de las marcas del patriarcado en la formación de la sexualidad femenina– le servirá, al psicoanálisis que incluye la dimensión de género, a doble título: para el trabajo teórico y para la práctica clínica.

En los últimos 20 años un cierto número de psicoanalistas ha incorporado en su teorización y –por qué no aventurarlo– en su práctica clínica, las perspectivas feministas de género (Irigaray, Kristeva y Lemoine Luccioni, en Francia; Dio Bleichmar y Tubert en España; Chodorow, Flax y Benjaminen U.S.A.; Burin, Fernández, Meler, Giberti, Coria y otras en Argentina). Estos trabajos críticos se centran en puntos polémicos concretos: la episteme de *lo mismo*,

la conceptualización binaria como fuente de opresión (sujeto/ objeto, activo/ pasivo, fálico/ castrado), la asunción del patriarcado como un “ya dado inconsciente cuando no es más que construcción histórico-social de significaciones imaginarias”<sup>7</sup>, la desvalorización de la diferencia (menor capacidad de sublimación para la mujer, Edipo no disuelto del todo, inmadurez psicológica versus, en el mejor de los casos, mujeres viriles, etc.).

También es una preocupación para la crítica feminista la manera de cómo se articula en la sexualidad femenina la imagen de feminidad que el discurso patriarcal refrenda como “adecuada” según la época histórica, clase y raza, y que en función de su cumplimiento una mujer es bienvenida a la arena de los intercambios heterosexuales. En su lectura crítica de género Judith Butler<sup>8</sup> nos ofrece una noción interesante, la noción de *parodia de género* mediante la cual la autora desnaturaliza y resignifica las categorías corporales, pone de manifiesto el carácter de construcción cultural de los signos externos del género. Así, ella distingue el sexo anatómico, la identidad de género y la *performance* de género que supone la puesta en funcionamiento de la parodia: el travestismo da cuenta de ello. Y esta parodia, referida a la feminidad, nos remite a la noción de *mascarada* que en 1929 Joan Riviere desarrolla acerca de la necesidad, que ella observa en las mujeres intelectualmente exitosas, de exagerar su imagen de feminidad con el fin de mejor disimular su verdadero poder (¿usurpado al varón?) y calmar su angustia (¿culpa por esa “usurpación”?). Tampoco está lejos este análisis de Riviere de la descripción de las histerias fálico-narcisistas que describe Meler<sup>9</sup>, en especial en lo que se refiere a la fantasía de dichas mujeres exitosas en lo profesional de no “ser suficientemente femeninas”.

Fue la fascinación de los “médicos del alma” del XIX por los síntomas de las mujeres histéricas lo que los llevó al descubrimiento del inconsciente y al estudio de la sexualidad femenina y los interrogantes acerca de la feminidad. La histeria, que había sido considerada desde la antigüedad (Hipócrates) como una enfermedad orgánica de origen uterino (en griego *hystero*: matriz, útero), estado específico de la mujer conceptualizado por Platón como “el animal sin alma que la mujer porta en su seno” –conceptualización que arrinconó a la mujer durante siglos en una condición próxima al animal– recién en 1864 es declarada una enfermedad sin causas uterinas por Benedikt, médico austriaco, que, al igual que Charcot, trabajaba con la hipnosis. Esta tesis fue incorporada por Freud y Breuer quienes, también impresionados por los trabajos de Charcot en La Salpêtrière de París, intuyen que se trata de algo relevante de la sexualidad y de lo psíquico. Especialmente Freud, quien organiza su teoría del *trauma* y la *seducción*, que abandonará más tarde por la del *fantasma*.

El largo y fructífero trabajo que llevó a cabo Freud, con mujeres y su sexualidad está marcado por el deseo del develamiento de lo femenino: comienza con el estudio de la histeria (conjunto de síntomas que aparecen solo en mujeres) y termina con el famoso artículo sobre la feminidad dejando abierto el tema del *enigma* de la feminidad y la pregunta de “qué desea la mujer”. Cuando se dirige en 1933 a sus colegas para dejarles como legado el llamamiento al estudio de la feminidad, expresamente habla a los

analistas hombres, ya que a las mujeres, siendo ellas mismas "el enigma al cual nos referimos", "dicha cuestión no se les plantea" y por ende no podrían estar interesadas, ni producir ningún discurso al respecto.

Es quizás esta feminidad enigmática, que se insinúa tanto en los síntomas histéricos como en la mascarada, y que se acentúa en la parodia del travesti, la que seduce, no sólo a los científicos del XIX, sino a los hombres en general que gustan de tomarla, sea como objeto de estudio, sea como objeto de amor, sea como objeto erótico de uso, en fin, como objeto de deseo.

Cuando Lacan, con tanto acierto describe la constitución del sujeto deseante (¿masculino?) y la búsqueda del objeto que termina siempre por deslizarse hacia el terreno de lo inalcanzable, porque es el objeto imposible, sugiere un escenario de quien persigue una sombra. Quizás de quien persigue un enigma que, aún cuando, siendo la diferencia de sexos tal enigma, se lo sitúa más bien como cualidad de *la diferente*, o sea de la otra respecto del uno portador de lo masculino.

¿Será entonces la normativa para la mujer cumplir con este rol de *enigma* en tanto sustenta el deseo del varón? ¿Será entonces esta *performance* de la feminidad el destino de quien desee ese deseo?

¿Será el mandato del patriarcado para las mujeres, dejarse construir en objeto a imagen y semejanza de ese precario deseo masculino que lo necesita evanescente para mantenerse erecto y activo en la iniciativa de traspasar velos (de develar) para nunca encontrar aquello (lo que nunca ha de ser)?

Y la mujer, con un goce supuesto más allá de la carne<sup>10</sup> ¿a qué precio se presta a la mascarada, a encarnar el fantasma evanescente, a insinuarse detrás del velo, a jugar de Sherezade<sup>11</sup> eterna, a ser finalmente la histérica fascinadora que exacerba el deseo del deseo, pero que no accede a su goce por no entregarlo? ¿Desde qué mandatos tan ancestrales aceptamos las mujeres ocupar el lugar del espejo de ese sujeto deseante, constituirnos como 'lo otro' de 'lo uno', y encarnar a ese otro que por un momento será el reposo de su angustia, la tregua en su búsqueda? ¿Será la feminidad solo el reverso de la fantasmática deseante del varón y por tanto un atuendo que sabe transformar a la simple carne en un enigma, en un desconocido prometedor de quién sabe qué goces y dueño de quién sabe qué elixir vigorizante que lo restablezca en su posición deseante que con tanta facilidad se fragiliza? ¿Será esa conceptualización del deseo (al igual que la noción de una sola libido, masculina) la que marca la dinámica del deseo para ambos, hombre y mujer, para uno en el anverso, para la otra en el reverso, en su reflejo?

No puedo dejar de citar, a modo de ilustración, un sueño que me relata un paciente de 30 años de edad que llevaba conmigo unos cuantos años de análisis, la víspera del primer día de trabajo en su primer empleo como ingeniero. Viene a la sesión muy contento por la obtención de su empleo y al mismo tiempo muy rabioso y preocupado porque su jefe sería una mujer y de su misma edad. Era una idea que no podía tolerar. A la sesión siguiente (víspera de su primer día de trabajo) trae el siguiente sueño: él entraba por un pasillo al cual daban muchas puertas que se abrían a dormitorios. En cada dormitorio había una cama y en

cada cama una mujer desnuda, muy atractiva “y femenina” y todas de razas diferentes. Una tras otra él las iba visitando y ellas se entregaban de manera sumisa a una relación sexual que en todos los casos él llevaba a cabo con bastante violencia y mucha satisfacción. Mi paciente reconoció que el sueño lo reconfortaba para enfrentar al día siguiente la “humillación” que significaba para él tener una jefe mujer.

La puesta en escena onírica de mi paciente no está tan lejos de las prácticas amorosas de James Bond (Teresa de Lauretis y su “Tecnología de género”<sup>12</sup>), por decir lo mínimo, con mujeres esculpidas a imagen y semejanza de su deseo.

Me pregunto, esas mujeres, las del sueño de mi paciente, las de James Bond ¿qué se supone que desean?, ¿es su deseo entregarse rendidas solo para calmar la angustia de muerte de Bond o la angustia de castración de mi paciente?, ¿cómo se las arreglan ellas con esto de ser solo elementos de una serie, intercambiables, ocupando por turnos el círculo de luz que deja el reflector del deseo de él?

A los pocos días, mi paciente tiene otro sueño, dijéramos que complementario del primero y que lo ayuda a apuntalar mejor su narcisismo genérico amenazado por la presencia de “un superior” mujer: él entraba en una sala enorme al final de la cual estaba su jefa esperándolo. En la puerta recibía de manos de unos amigos (varones, sus pares) una “máscara hecha de un material duro como mármol o granito y con pinchos”<sup>13</sup>. Nada más ponérsela él sentía que era un ‘maestro de ceremonia’ y podía abordar a la jefa quien se le rendía sexualmente sin mayores prolegómenos. En sus asociaciones con respecto al sueño, mi paciente llegó a la conclusión de que el término “máscara dura” se refería a “más cara dura” o sea como una indicación de que él debía volverse “más ‘cara dura’”, o sea, más osado.

Por esas fechas, una paciente, también de 30 años, con un grave conflicto con su deseo por los hombres en el sentido de no querer hacer “concesiones de sometimiento de género”, me relata el siguiente sueño: estaba compartiendo una actividad con el hombre que le atraía, se trataba de cocinar una cena que se suponía íntima. Entraba entonces una geisha y le decía a él que ese no era su sitio, que no debía estar cocinando, que no tenía por qué estar allí (implicando que ese era un espacio depreciado para su condición de varón). Él se iba afuera a hacer pesas con un amigo. Ella, mi paciente, seguía cocinando y al momento la llamaban por teléfono, era una voz de mujer que le decía que él se había ido con otra que era “muy atractiva y escultural”. Mi paciente se despierta llena de angustia.

La coincidencia en el tiempo de los sueños de mis dos pacientes acentuó mi reflexión acerca del contraste entre ambos casos y que podríamos interpretar como paradigmáticos: la contradicción interna que muestra el sueño de mi paciente mujer y la coherencia del sueño de mi paciente varón. Como si la dinámica del deseo, aunque sea en lo manifiesto, funcionara de manera muy distinta para ambos en lo que respecta a los contenidos que se derivan directamente de las proposiciones del sistema sexo-género. En un caso benefician, en el otro constriñen y son fuentes de sufrimiento.

Lo que aparece como ineludible en nuestra práctica clínica y

en nuestra investigación teórica es acceder a nuevas lecturas de la fantasmática de las mujeres. En su excelente y exhaustivo estudio sobre la sexualidad femenina, Emilce Dio Bleichmar<sup>14</sup> expresa un posicionamiento claro frente a la sexualización femenina, propuesta de lectura que debería constituirse en premisa fundamental para nuestra práctica psiconalítica: “Nuestra propuesta es que lo que constituye la así denominada “mascarada”, “disfraz”, “el imaginario del yo” femenino es, en realidad, su sexualización, la forma de sexualización de su imagen que le viene impuesta por mandato de género y que contribuye a la escisión, clivaje, disociación en el inconsciente de una tenaz resistencia a aceptar tal identidad. Tanto si es aceptada como rechazada será a costa de sufrimiento.”

Dio Bleichmar recomienda un “plus de feminidad crítica” en la desconstrucción de las teorías sobre la sexualidad de la niña (y de la mujer que será en consecuencia), porque al recurrir a los conceptos de la teorización clásica acerca de la sexualidad femenina (y esto que Dio Bleichmar expresa con tanto acierto<sup>15</sup> lo encontramos cotidianamente en nuestras consultas psicoanalíticas) sucede que:

“La revisión de cada uno de estos conceptos evidencia, inversamente a lo propuesto, que cada vez que se apela a lo masculino, al componente fálico, a la bisexualidad, a la ausencia de significante del órgano femenino, para identificar un factor perturbador ya sea de la sexualidad femenina o de la identidad femenina, en realidad, nos encontramos que aquello que perturba a la feminidad es la feminidad misma tal cual está establecida, la sexualidad femenina misma con sus riesgos reales, la identidad femenina misma con sus desventajas en una cultura que mitifica y devalúa la feminidad.”

Corresponde entonces a los mismos psicoanalistas el trabajo crítico frente a ciertos aspectos de la teoría que “invisibilizan posiciones fundamentales de la subjetividad de las mujeres(...). Es necesario, por lo tanto, abrir las reformulaciones que el tema de la sexuación femenina demanda. Reformulaciones que harán necesarios ciertos replanteos epistemológicos que permitan la constitución de otra lógica de la diferencia superadora de los parámetros que la episteme de lo mismo ha generado (...) que brinde la posibilidad de crear aquellos instrumentos conceptuales desde donde contener la pluralidad de idénticos y diversas diferencias”<sup>16</sup>.

Será entonces cuando, posiblemente, se pueda legitimar la hormona llamada deseo para las mujeres y se multipliquen para nosotras los espacios de reflexión acerca de nuestra relación con la feminidad y con nuestra sexualidad. Que el psicoanálisis en su dimensión de los estudios de género, se ofrezca como un espacio –tanto en la práctica clínica como en el quehacer teórico–, que acoja este desamparo en cuanto a la ausencia de producción de discurso sobre nosotras, para no tener que seguir bajo la inhóspita sombra del falocentrismo.

## Notas

- 1 Es solo en 1974, que la Asociación Americana de Psiquiatría decide por referendun borrar la homosexualidad como enfermedad mental. En 1987 el término perversión desaparece de la terminología psiquiátrica mundial. Gracias a los trabajos de los años '70 de Foucault y Boswell y a los movimientos sociales favorables a la libertad sexual, es que se considera la homosexualidad como la opción de una práctica sexual y no como una enfermedad.
- 2 Irigaray, Luce. *Speculum, Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Edit. Saltés, 1974.
- 3 Castoriadis, Cornelius. *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988, citado por Dio Bleichmar en: *La sexualidad femenina*. Barcelona: Paidós, 1997.
- 4 Mitchel, Juliet. *Psicoanálisis y Feminismo*. Barcelona: Anagrama, 1976.
- 5 Roudinesco, E. *Dictionnaire de la Psychanalyse*. Paris: Fayard, 1997. 606.
- 6 Citada por Fernández en Mabel Burín y Emilce Dio Bleichmar, compiladores. *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- 7 Castoriadis, citado por Fernández en Burin y Dio Bleichmar (Comp.) Id.
- 8 Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. N.Y, Londres: Routledge, 1990.
- 9 Meler, Irene. "Psicoanálisis y género. Aportes para una psicopatología", *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Burín Mabel y Emilce Dio Bleichmar, compiladoras. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- 10 Roudinesco, E. *Dictionnaire de la Psychanalyse*. Paris: Fayard, 1997. 564.
- 11 Fernández, Ana M<sup>a</sup>. "De eso no se escucha: el género en psicoanálisis". *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Burín Mabel y Emilce Dio Bleichmar, compiladoras. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- 12 Lauretis, Teresa de. "La Tecnología del género". *El género en perspectiva* de VVAA. C. Ramos, compiladora. México, 1991.
- 13 Sería interesante pensar este sueño, esta "máscara" desde el punto de vista de los estudios de la masculinidad en la perspectiva de género.
- 14 Psiquiatra psiconalista que ha sido una de las primeras y más dedicadas estudiosas del género en psicoanálisis. De sus mejores trabajos *La sexualidad femenina*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós, 1997.
- 15 Dio Bleichmar, Emilce. *La Sexualidad Femenina. De la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós, 1997.
- 16 Fernández, Ana M<sup>a</sup>. "De eso no se escucha....", *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, Burín Mabel y Emilce Dio Bleichmar, compiladoras. Buenos Aires: Paidós, 1996.